

ACERCA DEL ROMÁNICO DE LA SIERRA DE PELA

ABOUT THE ROMANIC ART IN THE SIERRA DE PELA

MIGUEL CORTÉS ARRESE
Universidad de Castilla La Mancha

Resumen

La sierra de Pela, que se extiende por las provincias de Soria, Segovia y Guadalajara vio crecer el Románico al amparo de la repoblación; un arte que llama la atención por la ausencia de monumentalidad pero ofrece, a cambio, el irresistible atractivo de lo rural, su integración en el paisaje y la herencia de Silos y El Burgo de Osma, Soria y San Juan de la Peña.

Abstract

The Sierra de Pela, which goes through the provinces of Soria, Segovia and Guadalajara saw the Romanesque growth, under the repopulation; an art that draws attention to the lack of monumentality but offers, in return, the irresistible lure of the rural, its integration into the landscape and heritage of Silos and El Burgo de Osma, Soria and San Juan de la Peña.

Palabras Clave

Sierra de Pela. Románico. Repoblación. Paisaje.

Key-Words

Sierra de Pela. Romanesque. Repopulation. Landscape.

“¡Esta pobre tierra de Guadalajara y Soria, esta meseta superior de Castilla!... ¿Habría algo más pobre en el mundo? Yo lo he visto en tiempo de recolección, cuando el anillo dorado de las eras apretaba los mínimos pueblos en un ademán alucinado de riqueza y esplendor. Y, sin embargo, la miseria, la sordidez triunfaba sobre las campiñas y sobre los rostros como un dios adusto y famélico atado por otro dios más fuerte a las entrañas de esta comarca”¹.

¹ ORTEGA y GASSET, J., “Tierras de Castilla”, *Obras Completas*, t. II, Madrid, 1961, pp. 43-49.

Estas ideas le bullían en la cabeza a don José Ortega y Gasset, en el verano de 1911, cuando, a lomos de una mula torda, de altas orejas inquietas, transitaba por las tierras que el Cid cabalgó. Era tiempo de agosto cuando salió de Sigüenza y la mula, de lento andar, se afanaba entre chopos y olmos, en compañía del Henares, ocultas las huertas con sus mimbreras, camino de Medinaceli, “la patria del cantar del Myo Cid”, una ciudad imaginaria plantada sobre la cima horizontal de la alta sierra fronterá; era la Sierra Ministra compuesta, añade el viajero, de “unos barrancos sembrados de piedras cárdenas y de piornos verdinegros. Es un lugar solitario hasta la exaltación, remoto del universo”.

Era tiempo de agosto, bochornoso, y los pueblos desplegados sobre valles y laderas estaban afanados en la recolección: ceñidos por el cinturón dorado de las eras, donde las parvas relucían como joyas amarillas; de vez en cuando, le daban la bienvenida insospechados pueblecillos: Horna, Romanillos... náufragos del paisaje, con sus iglesias oteando el horizonte y el caserío arrebujado a su amparo, con los huertos cercanos salpicados de patatas, judías y cáñamo², adecuado contrapunto a las laderas amarillentas de cerros y altos, de aquellas glebas pedregosas “donde sólo llegan la oveja y el cardo, últimos habitantes de lo inhabitable”³.

También en la inmediata sierra de Pela, que se extiende a lo largo de unos treinta kilómetros por las provincias de Segovia, Soria y Guadalajara, desde Santibáñez de Ayllón hasta Romanillos de Atienza, acotada al oeste con la sierra de Ayllón, al sur por los valles de los ríos Bornova y Cañamares y las sierras del Alto Rey y de la Bodera, al este con los altos de Barahona y la citada Ministra y al norte, en fin, con la comarca del Burgo de Osma⁴.

Allí descansó el Cid en 1081, cuando iba camino de su destierro. Llegó al caer la tarde, antes de ponerse el sol, por lo que tuvo tiempo de pasar revista a su mesnada, hacer balance de los fieles que le acompañaban en su caída: “trescientas lanzas, todas con su pendón”. Enfrentados junto a su señor a partir de ahora, a toda clase de amenazas y peligros, entregados a su propia suerte. Desde allí tuvo tiempo el héroe, nos recuerda Menéndez Pidal, de volver la mirada atrás y despedirse de la patria que iba a abandonar, decir adiós a aquel terreno rojizo que se alejaba hasta acabar en las ondulaciones que ocultaban el Duero⁵.

² MARTÍNEZ DE PISÓN, E., “La percepción del paisaje”, en *Homenaje a Julián Marías*, Madrid, 1984, pp. 449-466 y “Ortega y Gasset y la Geografía”, *Ería*, 43 (1997), pp. 169-189.

³ ORTEGA y GASSET, J., “Notas del vago estío”, *Obras Completas*, p. 417.

⁴ LÓPEZ GÓMEZ, A., “Introducción geográfica”, en *Castilla-La Nueva*, t. I, Madrid, 1982, p. 18.

⁵ Sobre la acepción de “geografía del románico”, BANGO TORVISO, I., “Arquitectura y escultura”, en *Arte románico (Historia del Arte de Castilla y León)*, t. III, Valladolid, 1994, p. 60.

Tierras sorianas que habían de ver crecer el románico, que hoy nos llama la atención por la ausencia de monumentalidad pero ofrece, a cambio, el irresistible atractivo de lo rural, lo sencillo, la integración en el paisaje y, en muchas ocasiones, de lo proporcionado. Viene determinado por su ubicación geográfica, a caballo entre Aragón y Castilla y levemente alejado de los caminos de peregrinación; responde, además, al empuje constructivo que caracteriza al brillante siglo XII, algo sin precedentes en la Edad Media.

1. EL ROMÁNICO SORIANO Y EL PROCESO REPOBLADOR

El románico soriano, como cabe suponer, acompaña al proceso repoblador que no se inicia antes de fines del siglo XI. De hecho, el fuero de Andaluz es del año 1089 y habrá de esperar al cambio de siglo para que este nacimiento se consolide. Así ocurrió en Ágreda o Almazán, importante plaza musulmana conquistada en 1128 por Alfonso I el Batallador, quien había recuperado la capital unos años antes -1118-; él será uno de los grandes impulsores del movimiento repoblador: aragoneses, castellanos y mozárabes andalusíes⁶, junto a los musulmanes asentados ahora en tierra cristiana, conformarán el arte que ahora se desarrolla: el románico; también en los territorios de la sierra de Pela.

Buen ejemplo de ello es San Esteban de Gormaz, que el Cid divisó en su segunda jornada, camino del Duero, protegida por un castillo duro y esquinado; población que luchaba entonces por su estabilidad y engrandecimiento, al que contribuyeron su posición estratégica y su animosa población de cristianos, moros y judíos. Buena y temprana muestra de su prosperidad fueron sus iglesias románicas: San Miguel, Santa María del Rivero y San Esteban, demolida la última en 1922 y reformada la de Santa María en los tiempos modernos. Todas respondían a un modelo de estructura muy sencilla, con cubierta de madera y ábside semicircular, que se propagaría por doquier. Al mismo tiempo que su galería porticada que, en el caso de la iglesia de San Miguel, se ofrece como una aportación realmente notable. Y ello por dos razones: por tratarse del primer ejemplar de un grupo numeroso y por haber sido decorada por artífices musulmanes que no dudaron en incorporar aquellos temas que les eran familiares; de ahí que los capiteles de la galería porticada muestren a personajes vestidos con túnica o caftán, de anchas mangas colgantes, y fortalezas de tambores cilíndricos con puertas de arcos de herradura califal semejantes a la entrada del cercano castillo de Gormaz⁷.

⁶ Topónimos como el de Torreandaluz así parecen reflejarlo.

⁷ GAYA NUÑO, J. A., *El románico en la provincia de Soria*, Madrid, 1946, pp. 52-57; SAINZ MAGAÑA, E., *El románico soriano. Estudio simbólico de sus monumentos*, Madrid, 1984; BANGO TORVISIO, I., *ob. cit.*, pp. 177-178; CORTÉS ARRESE, M., "El románico en la Diócesis de Osma", en *Arte e Historia en la Diócesis de Osma*, Salamanca, 1998, pp. 43-45.

San Esteban de Gormaz era llamada “castro de moros”, reflejo, sin duda, de la continuidad en esta zona del Duero de un buen número de pobladores de origen musulmán. Una pervivencia del pasado reciente y una muestra de la complejidad social de estas tierras castellanas, de las tierras de la frontera, aquí y en los territorios de las sierras Ministra y de Pela. Se trataba de una sociedad en armas permanentemente dispuesta para el ataque y el saqueo, alimentada por gentes asentadas allí gracias a exenciones e inmunidades, con favorables expectativas de medro, a costa, matiza Francisco Rico, de una vida muy dura⁸.

Una sociedad que veía en el Cid y los suyos el modelo a seguir: camino que caballeros y peones de esta extremadura bien podían imaginar como propio; una sociedad, en cualquier caso, que no descuidaba la instrucción cristiana de los musulmanes que la reconquista iba dejando en los territorios de los nuevos señores. Y para operar con mayor eficacia, nada mejor que hacer uso de formas y símbolos que a aquéllos les habían de resultar familiares y de los que se ha hecho mención más arriba⁹.

Imágenes de talla muy plana y aunque los escultores no desconocen del todo la eboraria de raíz califal, su atractivo tiene que ver con el sabor de lo popular. Es un buen ejemplo de cómo las manifestaciones artísticas no sólo tenían por destinatarios a la aristocracia o a los monjes; antes bien, su feligresía más numerosa era la formada por individuos poco cultivados que, en las imágenes, no sólo veían reflejados hechos religiosos: también el entramado social de la época. Todo ello con un lenguaje sencillo y claro, que ha llevado a pensar que hubo escultores mudéjares. En todo caso, estaría presente el deseo de los conquistadores cristianos de hacer más atractiva su doctrina utilizando un mensaje plástico que les resultase familiar a aquéllos que habían de ser instruidos en la nueva fe. En la misma dirección hay que entender las aves con alas y pechugas picadas de Nuestra Señora del Rivero, en la misma población: se trata de almas-pájaros. Avicena habla de ellas, de aquéllas que no llegaron a la perfección y aún están enlazadas al mundo con fuertes ligaduras que intentan romper para elevarse hacia lo alto¹⁰.

2. EL REPERTORIO DE TIERMES Y CARACENA

Sin embargo, entrado ya el siglo XII, aunque las nuevas construcciones mantengan la herencia de San Esteban de Gormaz -el repertorio de tradición musulmana¹¹-, aún sin desaparecer dejan paso a la plástica de cuño silense: el

⁸ RICO, F., “Estudio preliminar”, en *Cantar del Mío Cid*, Barcelona, 1998, pp. XIX-XXI.

⁹ CORTÉS ARRESE, M., “Acerca de la escultura románica de la extremadura soriana”, *XX siglos*, 33 (1997), pp. 19-20.

¹⁰ CORTÉS ARRESE, M., “El románico...”, p. 45.

¹¹ Aporta otro núcleo relevante en Almazán, que llegó a contar con una docena de iglesias.

claustro antiguo de la catedral de El Burgo de Osma, Santa María de Tiermes o San Pedro de Caracena (fig. 1) jalonan esta trayectoria¹².

Para llegar a Tiermes es preciso coger la carretera que desde El Burgo de Osma nos conduce a Montejo y poco después a la ermita de Santa María, en el límite de la divisoria de las cuencas del Duero y el Tajo: la sierra de Pela¹³. Poco a poco el viajero se va adentrando en un paisaje de encinas pedregoso, erosionado, que evoca las palabras citadas de Ortega y Gasset, hasta llegar a la plataforma rocosa donde se asentó la ciudad arévaca.

Las ruinas celtíberas, romanas y visigodas vieron crecer un pequeño monasterio del que se tienen noticias documentales en el año 1136; pasó a convertirse en parroquia en el siglo XIII y, finalmente, se transformó en ermita. La protección dispensada al recinto por cofradías y concordias y el culto ofrecido a Santa María han permitido la conservación de esta iglesia rural en un paisaje tan grandioso como desolado. Todavía hoy

“cada año por mayo vuelve toda la comarca a subir de romería. Y llegan de las tierras de Atienza, que es de Guadalajara, y de la parte de Ayllón, que es de Segovia. Y se pone siempre en Domingo, el tercero, para que vengan también de la diáspora los que tuvieron que irse. En coche, en autocares, en carros, con motos, en bicis, en caballerías, andando... Miles”¹⁴.

A los primeros tiempos de la conquista, efectuada por Fernando I, corresponden los capiteles de la puerta de ingreso y los canecillos, semejantes sus temas a los citados en San Esteban de Gormaz, pertenecen a una iglesia de una nave, ábside de tambor, galería meridional, espadaña a los pies y hospedería adosada al muro septentrional. A su vez, la galería porticada ofrece una hornacina apuntada, con molduras, que acoge tres esculturas de cuerpo entero, sin cabeza, y en altorrelieve: por medio de sus filacterias sabemos que fue Domenicus Martín quien recreó la galería en 1182. Se trataba de una verdadera capilla de adoración, un fenómeno no muy habitual en las iglesias parroquiales aunque mucho más frecuente en los monasterios.

El reajuste de la galería supuso la modificación de la primitiva, y, según Ortego¹⁵, dejar fuera de uso algunas tallas que tuvieron otros destinos; como el

¹² YARZA LUACES, J., “Nuevas esculturas románicas en la Catedral de El Burgo de Osma”, *BSAA*, XXXIV-XXXV (1969), pp. 217-229.

¹³ O desde la carretera de Ayllón, tomar, entre Grado del Pico y Santibáñez, el desvío señalizado hacia el yacimiento de Tiermes. CAMPOS, A., “Del románico al parque eólico. Contrastes de la Sierra de Pela, la solitaria frontera de Soria y Guadalajara”, *El Viajero*, 491 (2008), p. 9.

¹⁴ HERNÁNDEZ, A., *Soria donde la vieja Castilla se acaba*, Almazán, 1986, p. 117.

¹⁵ ORTEGO, T., *Tiermes. Ciudad rupestre celtíbero-romana*, Soria, 1982, pp. 48-49.

que sirvió de pila benditera en la parroquial de la vecina Manzanares, hoy en el Museo de la catedral de El Burgo de Osma¹⁶.

Cabe recordar que la temática de los capiteles de la galería emparenta con el mundo silense: un centauro disparando su flecha flanqueado por sirenas, grifos afrontados de cuidada talla, cabezas vueltas y ondulantes, hojas trifolias... también un encestado de doble trenza bien resuelto y que se popularizará en toda la provincia llegando a la capital¹⁷, son algunos de los temas más atractivos.

Todavía hoy, son abundantes los testimonios que revelan que el arte románico fue el escogido en estas tierras sorianas de la sierra de Pela en los tiempos de la repoblación. Así, la iglesia parroquial de San Cornelio y San Cipriano, en Montejo de Tiermes, conserva restos de la primitiva fábrica románica: la galería porticada y la puerta de acceso al interior del templo. Y en la aldea de Pedro la ermita de la Virgen del Val, emplazada al noroeste del pueblo, remite a mediados del siglo XII¹⁸. Desplegados sobre un escenario que Avelino Hernández ha descrito del siguiente modo:

“Un constante exiguo río, un imponente macizo rocoso, una planicie y un brutal tajo. Al fondo del precipicio las huertas con frutales en un valle minúsculo; arriba el castro, el pueblo, la iglesia, un torreón o un castillo. No hallarás nada mejor que visitar en la provincia cuando llegue el solsticio de verano”¹⁹.

Tiermes y Pedro formaban parte de una Comunidad de Villa y Corte que se formó en torno a Caracena, uno de los principales núcleos de las tierras del sur del Duero soriano. Está emplazada junto al río del mismo nombre, en el trayecto de la ruta que unía San Esteban de Gormaz y Atienza, en un lugar estratégico y de difícil acceso que ha posibilitado que llegue hasta nuestros días restos de su muralla, sus dos iglesias románicas, el puente medieval, el hospital, el rollo, la prisión y castillo: dominando el conjunto, a un kilómetro al sureste del pueblo; de él partía el recinto amurallado que, ayudado por la defensa natural del río, lo hacía prácticamente inexpugnable.

La iglesia de Santa María recibe al visitante en el barrio bajo o arrabal “de Gormaz” del pueblo; su recia torre, que contribuía a las defensas de la primitiva muralla, sus dos airoas portadas y una elegante celosía sobresalen en el conjunto de la planta basilical, ahora exento. Más sobresaliente es la de San Pedro, emplazada en el barrio alto, junto al hospital, declarada Monumento

¹⁶ CORTÉS ARRESE, M., ficha nº 4, en *Las Edades del Hombre. El arte en la Iglesia de Castilla y León*, Valladolid, 1988, p. 36.

¹⁷ RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., “Montejo de Tiermes”, en *Soria*, t. II (*Enciclopedia de Castilla y León*), Aguilar de Campoo, 2002, pp. 655-664.

¹⁸ HUERTA HUERTA, P. L., “Pedro”, en *Soria*, t. II, (*Enciclopedia de Castilla y León*), Aguilar de Campoo, 2002, pp. 781-784.

¹⁹ HERNÁNDEZ, A., *ob. cit.*, pp. 117-118.

Nacional tanto por su emplazamiento, más allá de la plaza mayor y camino del castillo, como por la limpieza de volúmenes y, especialmente, por su espléndida galería que repite el repertorio de Tiermes.

Su espléndida galería, construida en piedra bien tallada de arenisca rojiza, se asienta sobre dobles columnas de cuidadas proporciones, salvo las del arco de entrada que son cuádruples y la de la derecha, además, torsa: como en El Burgo de Osma y Silos. Y el mencionado de Tiermes. Llamen la atención las armoniosas proporciones de la galería y su abandono del gusto por la línea y el trazo esquemático en beneficio de la acentuación del relieve en personas, animales y objetos; además, se produce una modernización temática: la lucha de caballeros y escuderos vinculada a la idea de la tregua de Dios que nos conduce a lo que se estaba haciendo en estos momentos -último tercio del siglo XII- en Soria capital²⁰.

No acaban aquí los testimonios románicos sorianos de los pueblos de esta sierra: Tarancueña y Valderromán conservan sus pilas bautismales; Valdevenizo, en el extremo meridional de la provincia, ofrece en la iglesia de San Bartolomé algunos sillares con moldura de bocel y la portada meridional; al igual que en la ermita de San Miguel, de hacia 1200, en Retortillo de Soria, en el camino de Atienza²¹.

En su marcha hacia el destierro, el Cid y los suyos, tras dejar atrás San Esteban y Alilón, la de las torres, pasaron por Alcubilla “que de Castilla es fin ya” y siguiendo la estela de la antigua calzada romana que unía Uxama -Osma- con Termancia –Tiermes- fue a reposar a La Iruela, allí pasó su última noche en Castilla:

“A la mañana siguiente vuelven a cabalgar;
ese día tiene plazo, que sepáis que no más.
En la sierra de Miedes iban a acampar.
Aún era de día, no se había puesto el sol,
mandó revistar sus gentes mio Cid el Campeador:
sin las peonadas y otros hombres de valor,
contó trescientas lanzas, todas con su pendón”²².

3. EL HORIZONTE DE ATIENZA

No le quedaba más allá de media jornada para alcanzar la sierra de Pela -Miedes-, fin de la tierra del rey Alfonso, donde el Cid llegaría antes de ponerse el sol. En el lugar conocido como “alto de Torreplazo”, pedregoso y pelado, es donde el

²⁰ SAINZ MAGAÑA, E., “Silos y el románico soriano”, en *El románico en Silos. IX Centenario de la consagración de la iglesia y el claustro. 1088-1988*, Abadía de Silos, 1990, pp. 429-446 y RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., “Caracena”, en *Soria*, t. I, pp. 335-342.

²¹ HUERTA HUERTA, P. L., “Retortillo de Soria”, en *Soria*, t. II, pp. 833-834.

²² *Cantar del Mío Cid*, MARCOS MARÍN, F. A. (ed.), Madrid, 1997, v. 413-419.

Cid acampó para pasar revista a las gentes que se le habían unido en su marcha. No lejos se divisaba Atienza, tierra de moros, con su célebre castillo desafiando el contorno²³.

Había dado cobijo desde antiguo a sus pobladores. Celtíberos y romanos, musulmanes y cristianos entraron y salieron por él en sus invasiones y continuas guerras. Por allí pasó el fiero Almanzor haciendo estragos su bárbara gente; por allí todos los Alfonsos. Y uno de ellos, el VIII, fue quien le concedió grandes ayudas, haciendo posible que la villa aumentara en riquezas y habitantes.

Alfonso VIII hizo construir un segundo cinturón de murallas para proteger los edificios que se extendían más allá del primitivo recinto urbano; también nuevas iglesias románicas de las que nueve servían de parroquias para atender a una población que no dejaba de crecer. A ellas se añadirían la Judería y arrabales, siempre al amparo de la topografía del terreno; con calles transversales trazadas con fuerte pendiente en la parte alta de la población; y en función de las iglesias y puertas de la muralla en la zona baja²⁴. Pero con el final de la Reconquista se inició la decadencia y Atienza se adentró en el sueño del olvido, ajena a las novedades de los tiempos modernos. No pudo ser más desalentadora la impresión que le causó a Galdós:

“En la falda oriental de un cerro coronado por un gigantesco castillo en ruinas, el más insolente guerrero de piedras que cabe imaginar, está edificada la muy noble y leal villa de realengo. Sus casas son feas y caducas, rodeadas de un misterio vivo; sus calles, irregulares, invitan al sonambulismo; en sus ruinas se aposenta el alma de los tiempos muertos, dos órdenes de murallas la cercan, quiero decir que la cercaban, porque de la exterior solo quedan algunos bastiones y los cubos”²⁵.

Extraordinario mirador que domina el caserío: de estrechas calles, rasantes y empedrados, esquinas esculpidas, solares y tejadillos sobre los que descuellan los ábsides y torres de las abundantes iglesias, de las que Galdós no habla²⁶. Como Santa María del Rey, levantada a la sombra del castillo en recuerdo del conquistador de la plaza, Alfonso I el Batallador, y consagrada en 1112, cabeza del populoso barrio de su nombre, que sería destruido por el sitiador Juan II en los turbulentos años del siglo XV. Sería abandonado en los tiempos modernos: los solares de las mansiones de antaño convertidos en campos de labranza, la plazuela del templo en cementerio y la iglesia en su capilla. El soñado cortejo

²³ CORTÉS ARRESE, M., “Acerca de la escultura románica...”, p. 22.

²⁴ LARUMBE MARTÍN, M. y ROMÁN PASTOR, C., *Arquitectura y urbanismo en la provincia de Guadalajara*, Toledo, 2005, pp. 62-67.

²⁵ PÉREZ GALDÓS, B., “Narváez”, *Episodios Nacionales* t. IV, Madrid, 1990, pp. 117-118.

²⁶ LAYNA SERRANO, F., *Castillos de Guadalajara*, Guadalajara, 1994, pp. 57-82.

que adorna su puerta meridional, presidido por la imagen del Señor, acompaña desde entonces la triste despedida de los que allí se acomodan para siempre²⁷.

A Santa María, le seguían la Trinidad, San Gil... y en el lado opuesto de la población, en su parte más baja, San Bartolomé, rodeada de una alta valla de piedra y ennoblecida por una espléndida galería porticada (fig. 2) que acompaña al templo de una nave cubierta por artesonado de madera y ábside con testero recto. Con el tiempo se añadirían una nave y distintas estancias. La inscripción de la escalera de caracol que sube al campanario (*ERA. MCC. LXI OBIT BOHAI*) ha hecho pensar en el arquitecto o un alarife mudéjar y ha llevado a plantear diversas hipótesis sobre la construcción del templo²⁸.

Más lejos queda Santa María del Val con sus figurillas realizando piruetas circenses en torno a un bocel en la portada principal: emparentan con un tema presente en la cultura popular y con ejemplos cercanos en Sepúlveda y Fuentidueña. Fue iglesia de un populoso barrio extramuros que se asomaba al camino de Soria; en el lugar de Miedes todavía se percibe la estructura del antiguo templo románico en uno más moderno, del siglo XVIII²⁹. No lejos de allí se encontraba el Cid con sus huestes y para evitar el peligro musulmán decidieron atravesar los parajes atencinos de noche, al encuentro del valle de Henares.

4. LA RUTA QUE LLEVA A LA TIERRA DE AYLLÓN

Claro que en la vertiente sur de la sierra de Pela, en la ruta que lleva a la tierra de Ayllón, se pueden admirar también ejemplos excelentes de arte románico y rastrear su presencia en Alpedroche y Ujados; en Hijes llaman la atención los tonos de color de la piedra arenisca y la decoración de su portada recuerda la de las iglesias de Santiago y San Vicente de Sigüenza³⁰. De mayor alcance es la ermita de Santa Coloma de Albendiego, emplazada al sur del pueblo, a unos 300 metros, rodeada de una evocadora arboleda.

El santuario está declarado monumento desde 1965 y se debió de levantar por una comunidad de monjes regulares de San Agustín que se documentan en 1197. Sobresale su magnífica cabecera, formada por un ábside y dos absidiolos y airosos ventanales que adornan el exterior e iluminan sobradamente el

²⁷ LAYNA SERRANO, F., *La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*, Guadalajara, 2001, pp. 51-55. La inscripción árabe de la portada principal: "La permanencia es de Aláh" remite, de nuevo, a la presencia de mudéjares en Atienza tras la conquista.

²⁸ RUIZ MONTEJO, I., FRONTÓN SIMÓN, I. y PÉREZ NAVARRO, F. J., *La herencia del románico en Guadalajara*, Toledo, 1992, p. 167.

²⁹ HERRERA CASADO, A., *El románico de Guadalajara: una guía para conocerlo y visitarlo*, Guadalajara, 1994, pp. 46-50 y 61.

³⁰ NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., *El románico en Guadalajara*, Madrid, 1991, pp. 307-312.

interior. Destacan sus celosías caladas en las que alternan círculos, medallones lobulados y estrellas de seis y ocho puntas, de acuerdo con el gusto islámico y en la línea de los que pueden contemplarse en Villacadima o Campisábalos³¹.

Hay que dejar atrás el río Bornova y dirigirse a la ruta de Atienza a Ayllón y doce kilómetros más tarde, en el centro de Campisábalos se puede observar un admirable conjunto románico del siglo XIII; el formado por la iglesia parroquial de San Bartolomé y la capilla de San Galindo: adosada al muro sur de la parroquia y adornada con su célebre calendario románico (fig. 3).

Muestra éste similitudes iconográficas y de estilo con Santa María de Tiermes y San Pedro Apóstol de Caracena; y de manera más lejana con Silos. También, claro está, con el calendario más difundido de Beleña del Sorbe. De hecho, la figuración de los meses de junio y julio es idéntica en ambos casos. El calendario se dispone a modo de friso sobre el muro debiendo leerse de derecha a izquierda, tal vez porque fue realizado por un artista musulmán. La capilla debió de ser sufragada por un caballero llamado Galindo o Sangalindo, enterrado en su interior, en un lucillo protegido por una notable reja del siglo XV³².

Se trata, en fin, de un conjunto homogéneo donde la parroquia responde al prototipo que ya se apuntaba en San Esteban de Gormaz; una nave, cubierta de bóvedas de cañón y horno y pórtico a mediodía; en el interior sobresale la cabecera, de buena factura, y su escultura revela semejanzas, de nuevo, con la de San Pedro de Caracena³³. La pila bautismal remite a la época de construcción de la iglesia.

Villacadima, en el límite de la provincia de Guadalajara, en la paramera que rodea por el sur la sierra de Pela, perteneció desde la reconquista al Común de la Villa y Tierra de Ayllón y hoy se encuentra deshabitado. La iglesia de San Pedro (fig. 4), que ha evitado su desaparición gracias a una diligente restauración, está protegida por un airoso muro de piedra que realza el conjunto; mantiene de la época románica su puerta meridional que recuerda la citada de Campisábalos: cuatro arquivoltas con decoración estilizada y rosetas y lóbulos en la inferior que se asocia, a alguna cuadrilla de origen musulmán, versada en estas fórmulas constructivas, que las incorporó allí y aquí. La denominación de la población se ha remitido también a ese origen³⁴.

³¹ CORTÉS ARRESE, M., *Por tierras de Guadalajara*, León, 1998, p. 68.

³² MINGOTE, J. L., "La representación de los meses del año en al capilla de San Galindo. Campisábalos (Guadalajara)", *Wad-al-Hayara*, nº 12 (1985), pp. 111-122.

³³ RUIZ MONTEJO, I., FRONTÓN SIMÓN, I. y PÉREZ NAVARRO, F., *ob. cit.*, pp. 185-197.

³⁴ HERRERA CASADO, A., *Crónica y guía de la provincia de Guadalajara*, Guadalajara, 1988, p. 655 y NIETO TABERNÉ, T., "Dos ejemplos de arquitectura románica en la sierra de Guadalajara", *Wad-al-Hayara*, nº 17 (1990), pp. 255-267.

La recia torre de los pies domina la iglesia, la población y el páramo que envuelve el conjunto urbano; a la salida del pueblo, una fuente de sillería despedía a los que se encaminaban a Ayllón. Antes de llegar a Santibáñez, se encontraban con Grado del Pico, a la vera de la montaña del mismo nombre; su iglesia de San Pedro Apóstol domina el caserío y conserva del románico el magnífico pórtico, la torre y aunque modificado, el trazado del cuerpo de la iglesia, salvo la cabecera. La escultura de la galería, de fines del siglo XII y comienzos del siglo XIII, muestra de nuevo paralelismos evidentes con el entorno de Tiermes y Caracena y las mejores representaciones con la herencia de San Juan de la Peña, el Burgo de Osma y Soria. Adecuado resumen del quehacer artístico de estas tierras, como la población misma, que perteneció a la diócesis seguntina, tras numerosas y centenarias disputas con la burguense³⁵.



Fig. 1. Iglesia de San Pedro Apóstol. Caracena (Soria).

³⁵ BANGO TORVISO, I., “El maestro de Grado del Pico: un maestro románico aragonés en Castilla”, en *Actas del XXIII CIHA* (Granada, 1973), Granada, 1976, pp. 283-291; RUIZ MONTEJO, I., *El románico de villas y tierras de Segovia*, Madrid, 1988, pp. 140-144 y 178-179; BOTO VARELA, G., *Ornamento sin delito: los seres imaginarios del claustro de Silos y sus ecos en la escultura románica peninsular*, Silos, 2000, pp. 249-250 y RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., “Grado del Pico”, en *Segovia*, t. II (*Enciclopedia de Castilla y León*), Aguilar de Campoo, 2007, p. 830.



Fig. 2. Iglesia de San Bartolomé. Galería porticada. Atienza (Guadalajara).



Fig. 3. Iglesia de San Bartolomé. Calendario. Campisábalos (Guadalajara).



Fig. 4. Iglesia de San Pedro. Villacadima (Guadalajara). La sierra de Pela al fondo.